

IMPORTANCIA DE LA INTERIORIDAD PARA EL HOMBRE CONTEMPORÁNEO. PERSPECTIVAS DESDE EL PENSAMIENTO DÉBIL

Antonio CARRÓN DE LA TORRE, OAR

1. El continuo cambio y la encarnación del hoy

Asistimos a un continuo cambio en muchas de las dimensiones de nuestra vida: política, social, económica, cultural, religiosa, eclesial y, por supuesto, personal. Para ser conscientes de ello, es bueno echar mano de la historia y comprobar cómo, desde sus orígenes, el desarrollo humano ha llevado consigo una serie de ciclos que se ha ido repitiendo, no en el sentido de un absurdo eterno retorno, pero sí manteniendo elementos comunes. Avances, retrocesos, conflictos, paz, desarrollo, destrucción, tecnología, barbarie, aciertos, errores, etc., podrían ser la tónica de nuestra historia, que también nosotros estamos llamados a encarnar hoy buscando nuestro *Sitz in Leben*¹ particular.

Hoy, entre la globalización, que parece una burda caricatura del «espíritu de rebaño» que Nietzsche dibujara², y la metástasis reproductiva de singularidades enloquecidas, el panorama general podría resultar un tanto desolador.

Hoy, el jardín del pensamiento se ha vuelto selvático³. La vegetación frondosa y desordenada ha devorado sus caminos. Parece un terreno intransitable.

Hoy, el pensamiento líquido, la persona líquida, la sociedad líquida, hace que la inestabilidad en muchos órdenes sea el común denominador⁴.

1 *Sitz im Leben* es una frase alemana que puede traducirse aproximadamente como «posición en la vida». En otras palabras, que no hay texto sin contexto.

2 Cf. M. N. LAPOUJADE, «Después de la posmodernidad»: *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* 102 (2002) 27-40 (<http://inif.ucr.ac.cr/recursos/docs/Revista%20de%20Filosof%C3%ADa%20UCR/Vol.%20XL/No.%20102/Despu%C3%A9s%20de%20la%20posmodernidad.pdf>).

3 Evoco el manuscrito bizantino del s. XIII, editado por M. H. Thomson, *El jardín simbólico*, J. J. de Olañeta, Barcelona 1998 (<http://interclassica.um.es/var/plain/storage/original/application/c727b4e101b3737cefbe023e10526609.pdf>).

4 Cf. Z. BAUMAN, *Los retos de la educación en la modernidad líquida*, Barcelona, Gedisa, 2007.

Hoy, el huerto interior teresiano del alma se encuentra en estado de abandono⁵. Asistimos a múltiples intentos de reforma educativa donde, ya desde los primeros cursos, se dejan esos maravillosos huertos sin cultivar, y los pocos frutos que puedan cultivarse y crecer parecen silvestres.

El pensamiento actual se enajena en un caos de informaciones sin cernir, toneladas de libros, terabytes de archivos de diverso valor, el renacimiento de la escolástica en discusiones interminables, esgrimas ociosas de argumentos, proliferación de escuelas, sectas, corrientes, que no ofrecen una vía clara.

Ante este panorama, una iluminadora salida consiste en hacer una lectura de la historia pasada desde el hoy, acudiendo a los clásicos, que, en cierto modo, vivieron circunstancias similares a las que estamos viviendo en la actualidad, reflexionaron sobre ello y ofrecieron sus soluciones⁶. ¿Quién no percibe hoy una nueva corriente de sofistas? ¿No pueden ofrecernos luz los clásicos, incansables buscadores de la verdad en sí –y no de una verdad para mí, a mi imagen y semejanza–, teniendo como objetivo final de la ética la felicidad del ser humano y no la ambición o el utilitarismo?

En la actualidad se pierden ríos de tinta en demostrar que «la filosofía está en crisis» (y además se comienza a desterrar de los programas educativos). En este contexto se ubica la así llamada «crisis de la filosofía moderna» o «crisis de la modernidad». Y se pretende barrer la modernidad, entendida como filosofía anacrónica, con la llamada posmodernidad, que tampoco nos ha aportado soluciones convincentes.

Esta suerte de enfermedad filosófica consiste en que las teorías buscan el triunfo reivindicándose (ya sea como encarnación de la novedad, ya como clara

5 Aludo a TERESA DE JESÚS, *Obras completas*, I, Burgos, Ed. Monte Carmelo, 1990. Entre otros muchos pasajes referidos a esta metáfora, cf. *Vida*, 6, pp. 98ss.; 14, pp. 136ss., donde leemos: «Me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto y al Señor que se paseaba en él... Vienen tiempos en el alma que no hay memoria de este huerto: todo parece estar seco y que no ha de haber agua para sustentarle, ni parece hubo jamás en el alma cosa de virtud. Pásase mucho trabajo, porque quiere el Señor que le parezca al pobre hortelano que todo el que ha tenido en sustentarle y regarle va perdido. Entonces es el verdadero escardar y quitar de raíz las hierbecillas –aunque sean pequeñas– que han quedado malas. Con conocer no hay diligencia que baste, si el agua de la gracia no quita Dios, y tener en poco nuestra nada, y aún menos que nada, gánase aquí mucha humildad: tornan de nuevo a crecer las flores».

6 Cf. A. CARRÓN DE LA TORRE, *Diafanidad de la persona y transparencia del corazón. María Zambrano y San Agustín*, Granada, Editorial Académica Española, 2012, 392 pp. En la obra se constata la relación entre las circunstancias vividas por san Agustín en el s. v y las de María Zambrano a inicios del s. xx, poniéndose en relación ambos contextos, problemáticas y soluciones de cada autor.

defensa de las diferencias absolutas), y se cura con una buena dosis de filosofía milenaria, que bien podría evocarse condensada en un proverbio: «Volver sobre las cosas antiguas y de ellas aprender nuevas»⁷. No es hora de detractar los humanismos, como viejas antiguallas *demodés*, sino todo lo contrario: ha llegado la hora extrema de revitalizar sus sentidos, de sacar lo nuevo de lo viejo. ¿No es esto, precisamente, lo que se pretende con la revitalización en la Iglesia y en la orden?

«¡Belleza tan antigua y tan nueva!» (*conf. X,27,38*), recuerda san Agustín. En Jesucristo, en su evangelio, en la misión que nos ha encomendado como Iglesia, encontramos todas esas *cosas antiguas* de las cuales debemos aprender *cosas nuevas*.

En medio de todo este panorama de preguntas y respuestas sigue vigente, y cada vez más, la necesidad de la interioridad para el hombre. ¿Cómo estamos intentando buscar a este hombre interior?

2. Perspectivas desde el pensamiento débil

Vivimos en una época donde los grandes relatos pasan a un segundo plano; las grandes tradiciones se olvidan; el eclecticismo, las religiones a la carta, toman la delantera ante la pregunta por el sentido, ante la necesidad de espiritualidad, de interioridad plena debido al vacío que surge en el hombre cuando se encuentra, cara a cara, con su pequeñez, con su finitud, con su inconsistencia.

El pensamiento débil es un concepto acuñado por Gianni Vattimo, relacionado con el movimiento intelectual más genérico de la posmodernidad, muy influyente en los decenios de los ochenta y noventa. Su perspectiva es, en cierto modo, relativista, y valora sobre todo la multiculturalidad.

El pensamiento débil comparte algunos rasgos con la deconstrucción (Jacques Derrida) en cuanto a la libertad de interpretación no sujeta a una lógica muy cerrada. También se encuentra en la crisis de la ideología de finales del siglo XX, considerándose, en algunas ocasiones, como elemento intelectual del eclecticismo político, llamado de la tercera vía (Anthony Giddens).

Para Vattimo, hemos entrado en la posmodernidad, una especie de ‘babel informativa’, donde la comunicación y los medios adquieren un carácter central. La posmodernidad marca la superación de la modernidad dirigida por

⁷ R. DARROBERS, *Proverbes chinois*, Paris, Éditions du Seuil, 1996, 148, citado por M. N. LAPOUIADE, «Después...» 28.

las concepciones unívocas de los modelos cerrados, de las grandes verdades, de fundamentos consistentes, de la historia como huella unitaria del acontecer.

La posmodernidad abre el camino, según Vattimo, a la tolerancia, a la diversidad. Es el paso del ‘pensamiento fuerte’, metafísico, de las cosmovisiones filosóficas bien perfiladas, de las creencias verdaderas, al ‘pensamiento débil’, a una modalidad de ‘nihilismo débil’, a un ‘pasar’ despreocupado y, por consiguiente, alejado de la acritud existencial.

Para Vattimo, las ideas de la posmodernidad y del pensamiento débil están estrechamente relacionadas con el desarrollo del escenario multimedia, con la toma de posición mediática en el nuevo esquema de valores y relaciones.

Según el propio Vattimo, el pensamiento débil se definiría en los siguientes términos:

- frente a una lógica férrea y unívoca, necesidad de dar libre curso a la interpretación;
- frente a una política monolítica y vertical del partido, necesidad de apoyar a los movimientos sociales transversales;
- frente a la soberbia de la vanguardia artística, recuperación de un arte popular y plural;
- frente a una Europa etnocéntrica, una visión mundial de las culturas.

La teoría de Vattimo bien se vería reforzada por lo que podríamos denominar como el cumplimiento de la «profecía orwelliana». Retratada inicialmente en *Rebelión en la granja* y posteriormente en *1984*, George Orwell habla de una manipulación mental en masa. Manipulación, dicho sea de paso, sobre la que nos tendríamos que preguntar, para advertir si dicha fuerza manipuladora ha salpicado la vida religiosa, a la vez que sería bueno revisar en qué medida ha penetrado el pensamiento débil en ella.

Ahora bien, ni Vattimo ni Orwell nos ofrecen soluciones, constituyéndose, nuevamente, en narradores del acontecer.

Todo ello, no obstante, reabre la cuestión del tan tratado y reivindicado concepto de persona. Desde la definición boeciana, pasando por el ser persona para otros, llegamos al concepto de persona como «perfil digital». En muchos de los ámbitos de nuestra sociedad actual no se es persona si no se tiene presencia en la Red, si no se da una evidencia de actividad en las redes sociales. Pero no solo nos debemos quedar ahí: la manera de relación de la persona es lo que más cambia. ¡Cuántas veces nos habremos topado con grupos de amigos que, sentados en una misma mesa, interactúan con sus dispositivos móviles sin intercambiar palabra alguna! Revisemos cuántos de nuestros hábitos cotidianos se han visto modificados por el uso de WhatsApp, Facebook, Twitter, etc.

¿Es esto malo? No cabría demonizar el uso de estos medios sino, más bien, educar a los usuarios en su buen uso para que se queden en eso, en medios, y no se conviertan en un fin en sí mismos. Ahora bien, resulta seria y fundamental la siguiente pregunta: ¿qué incidencia tienen estos medios y el nuevo carácter de «persona-perfil digital» en la vida religiosa? ¿Cómo se han configurando las relaciones comunitarias a partir de este nuevo concepto de persona y de presencia en el mundo? ¿Se ven posibilidades o amenazas en ello?

3. Incidencia de la posmodernidad en las nuevas generaciones

Ahondando un poco más en los estudios sociológicos, gran parte de ellos insisten en la constatación ya realizada: el «cambio» y la necesidad de «adaptación» a lo nuevo se ha convertido en paradigma de nuestro tiempo. Cada día se presenta de manera más clara el reto de adaptarnos para seguir siendo capaces de dialogar con el mundo. De otra forma quedaríamos descontextualizados, encerrados en una estructura poco significativa para nuestros contemporáneos.

Según los estudios sociológicos, podemos ver la siguiente sucesión en el relevo generacional durante las últimas décadas⁸:

| Denominación | Fecha de nacimiento | Edad en 2012 |
|-------------------------------|----------------------------|---------------------|
| <i>Generación tradicional</i> | Hasta 1950 | Mayores de 62 años |
| <i>Generación Baby Boom</i> | 1951-1964 | Entre 61 y 48 |
| <i>Generación X</i> | 1965-1983 | Entre 47 y 29 |
| <i>Generación Y</i> | 1984-1995 | Entre 28 y 17 |
| <i>Generación Z</i> | 1996-2004 | Entre 16 y 8 |

⁸ Para este apartado nos basamos en A. CARRÓN DE LA TORRE, «La persona que el agustino recoleto está llamado a ser»: *Recollectio* 36 (2013) 207ss.

A modo de resumen, el siguiente cuadro refleja las características fundamentales de cada una de estas generaciones:

| Características | Tradicional | Baby Boom | Generación X | Generación Y | Generación Z |
|-----------------------------|-------------|----------------|----------------|--------------|--------------|
| <i>Perspectiva</i> | Práctica | Optimista | Escéptica | Esperanzada | Individual |
| <i>Ética profesional</i> | Dedicados | Volcados | Equilibrados | Decididos | Dependiente |
| <i>Ante la autoridad...</i> | Respeto | Amor/odio | Desinterés | Cortesía | Indiferencia |
| <i>Liderazgo por...</i> | Jerarquía | Consenso | Competencia | Colectivismo | Novedad |
| <i>Espíritu de...</i> | Sacrificio | Automotivación | Anticompromiso | Inclusión | Consumo |

Teniendo en cuenta estos presupuestos, si hoy queremos llegar a nuestros interlocutores, no podemos perder la perspectiva pedagógica agustiniana: la actitud de sencillez del maestro y la solicitud por el alumno, que lo lleva incluso a sintonizar con su mundo espiritual, haciéndose niño con los niños, con una ingenuidad que le permite un encuentro personal con ellos en la común admiración de las cosas, como si estas fueran nuevas también para él. Esto lleva consigo el entusiasmo siempre renovado del maestro y la superación de cualquier hastío⁹.

¿Pues no suele ocurrir que, cuando mostramos lugares hermosos y amenos, de ciudades o de paisajes, a los que nunca los habían visto, que nosotros, por haberlos visto ya con frecuencia, vemos sin ningún agrado especial, se renueva nuestro gusto ante su gusto por la novedad? Y esto tanto más cuanto más amigos son, porque a través de los lazos del amor, cuanto más vivimos en ellos tanto más nuevas resultan para nosotros las cosas que fueron viejas (*cat. rud.* 12,17).

Estas agudas observaciones de san Agustín desembocan en la reciprocidad educativa, puesto que el alumno ayuda al maestro a redescubrir la verdad, ya por él conocida, seguramente con algún nuevo matiz. Reciprocidad que, por otro lado, viene a resolver la dialéctica de la relación entre maestro y alumno. Ambos aprenden juntos en sintonía y, a la vez, cada uno por sí mismo.

¿Cómo, pues, establecer un diálogo con una generación que se define como individualista, indiferente, consumista...? También en esto Agustín nos propone claves certeras. *De vera religione* compendia con precisión y profundidad los pasos en el camino hasta alcanzar la *beatitudo*. En esta práctica educa a sus interlocutores ya desde los primeros *Diálogos*. Los conduce desde lo exterior a lo interior, y desde

⁹ Cf. G. HOWIE, *Educational Theory and Practice in St. Augustine*, Londres 1969, 183-207, 150-158, citado en A. Carrón de la Torre, *Diáfanidad...* 337.

lo interior a la trascendencia. Tal esquema será el que dirija la composición de obras de madurez, como *Confesiones* o *La Ciudad de Dios*¹⁰. En definitiva, es en el interior del hombre donde habita la Verdad, y es labor nuestra hacer descubrir a nuestros contemporáneos esta riqueza que lo define como persona: la interioridad.

Las jóvenes generaciones, muchas veces desorientadas, guiadas por el relativismo, buscadores de respuestas, están deseosas de descubrirse. La persona será verdaderamente humana cuando posea dentro de sí un cierto conocimiento de sí misma, un cierto orden que le permita ubicarse frente a lo que acontece con un trato que la lleve a recoger lo íntimo de dicha realidad externa a ella, con el fin de buscar y encontrar la verdad cierta en la realidad. De esta manera, el trato que establece desde la relación con la vida a través de los demás y con las cosas es una forma de trascenderse.

Para todo ello pueden ayudar actitudes como el silencio (interior y exterior); el facilitar momentos para compartir inquietudes; el exponer, no imponer, de modo razonado los diversos posicionamientos; el acompañar, servir de guía, en el descubrimiento de la propia verdad; el fomentar las comunidades de aprendizaje donde aprendizaje y enseñanza sean objetivo común, etc.

4. La resiliencia en la vida religiosa hace necesaria la interioridad

Conscientes de las dificultades que se nos presentan en el diálogo con las nuevas generaciones y de que la perspectiva del pensamiento débil, en el ámbito de la posmodernidad no nos ofrece interesantes alternativas, damos un salto más planteando la cuestión de la necesaria interioridad desde uno de los términos que más se está acuñando últimamente, referido a diversos ámbitos: la resiliencia. Se trata de la capacidad de una persona o grupo para seguir en su proceso de formación humana, a pesar de las dificultades y traumas a veces graves que en la vida se presentan¹¹. Este concepto, aplicado al contexto de la vida religiosa, entronca con una idea propuesta anteriormente: la necesidad de una revitalización partiendo de lo antiguo y de una profundización en la interioridad de la persona.

El adjetivo resiliente está tomado del inglés: *resilient*. En español y en francés: *resilience*. Se emplea en metalúrgica e ingeniería civil para describir la capacidad

10 Cf. A. CARRÓN DE LA TORRE, *Diafanidad*... 134.

11 Cf. T. CHAMAYA, «Resiliencia en la vida religiosa»: http://cppsperu.pe/cpps_esp_tem9.html.

de algunos materiales de recobrar su forma original después de ser sometidos a una presión deformadora. Sin embargo, la resiliencia se sitúa en una corriente de psicología positiva y dinámica de fomento de la salud mental. Defiende, conforme al testimonio de muchísimas personas, que se puede superar una situación traumática y continuar el desenvolvimiento de la vida incluso en un nivel superior, como si el trauma vivido y asumido hubiera desarrollado recursos potenciales y sorprendentes. Muchos hombres salen renovados y enriquecidos de aquellas circunstancias adversas.

Hoy día, y especialmente en la vida religiosa, se sabe como primario la necesidad de fortalecer a las personas interiormente para que resistan las dificultades de este mundo tan difícil, tan globalizado, complejo y problemático. Fortalecerlos es informarlos, formarlos, favorecer las vivencias de cada etapa vital, sin apurar sus tiempos y conociendo sus potencias y sus características espirituales.

Para fortalecer y superar las adversidades en la vida religiosa se requiere desarrollar una buena autoimagen de sí mismo; conocer las fortalezas y debilidades; tomar los errores como lecciones y no como fracasos; ser creativos, flexibles, proactivos; tener buenas relaciones emocionales; enseñar a pedir ayuda cuando se necesita; reflexionar antes de actuar; dominar el autocontrol; ver la vida con optimismo y con sentido del humor.

En la vida religiosa, como en cualquier grupo humano, es de vital importancia desarrollar esta capacidad de enfrentarse a las dificultades, para crecer y madurar como personas. Para ello es necesario mantener relaciones afectuosas, en donde esté presente el amor, la sensibilidad, la comprensión, el respeto e interés que se incorporan a través del ejemplo, en los hechos y no solo en las palabras, de tal manera que estos lleguen a cimentar un sentido de confianza en la vida comunitaria. A este respecto, es primordial identificar las fortalezas y ventajas más que detectar los problemas y defectos.

Hablar de la resiliencia en la vida religiosa nos lleva a preguntarnos por el desarrollo de la autonomía del religioso (especialmente en las etapas de formación y en los primeros destinos). Existen, por otro lado, muchas dificultades a nivel personal, discusiones, enfrentamientos, pérdida del sentido de la vida y de la vocación, relaciones personales no adecuadas, falta de valía, etc.

Sin embargo, es preciso superar estas dificultades para salir airoso y asumir la vida con equilibrio. Por ello la resiliencia se presenta como la capacidad del ser humano para afrontar las adversidades de la vida, superarlas e, inclusive, ser transformados por ellas¹².

12 Cf. E. H. GROTBORG, *Resiliencia: descubriendo las propias fortalezas*, Buenos Aires, Paidós, 2004.

No olvidemos que la resiliencia se sustenta en la interacción entre persona y entorno. Es por ello que los religiosos, al estar en un entorno interrelacionándose con otras personas, debe saber o aprender a fijar límites entre uno mismo y el medio con problemas; mantener distancia emocional y física sin caer en el aislamiento; así como desarrollar la capacidad de establecer lazos e intimidad con otra gente, para equilibrar la propia necesidad de afecto con la actitud de brindarse a los demás.

Por tanto, la resiliencia es un proceso que puede ayudar mucho a los religiosos en la formación de su vida. Promover la resiliencia es reconocer la fortaleza más allá de la debilidad. Ello ayuda a mejorar la calidad de vida a partir de los propios significados según como perciban y se enfrenten al mundo.

Desde un punto de vista práctico, ¿cómo potenciar la interioridad desde la resiliencia? Sirvan las siguientes claves:

- Descubrir en cada hermano o hermana los aspectos positivos y confiar en su capacidad de ser mejor de lo que es actualmente.
- Ser capaz de ponerse en su lugar.
- Contrarrestar la humillación, la desvalorización, porque afectan negativamente a la imagen y la confianza de persona.
- Predicar con el ejemplo, adoptando actitudes de respeto, solidaridad y comprensión.
- Tener en cuenta las necesidades, dificultades y expectativas de cada hermano(a).
- Estimular el desarrollo de la capacidad de escucha, y de la comunicación en general.
- Usar límites, comportamientos tranquilizadores para vivir en un buen ambiente comunitario.
- Desarrollar comportamientos consecuentes que transmitan valores.

Avancemos hacia un mundo mejor entendiendo la resiliencia como un proceso de superación de la adversidad y responsabilidad, ya que la resiliencia puede ser promovida con la participación de toda la comunidad y su entorno. Un enfoque en resiliencia permite que la promoción de la calidad de vida sea también una labor comunitaria, eclesial; la asunción del reto hacia una calidad de vida en el respeto, el diálogo y el aprendizaje de los errores, más que en el fijamiento en los errores y «horrores» de la persona. Como dice el dicho popular «no eches más leña al fuego, ni hagas leña del árbol caído».

5. Belleza siempre antigua y siempre nueva: el renacer del hombre

María Zambrano, autora española contemporánea, dirá que con Agustín de Hipona nace el hombre nuevo: el hombre interior, el de corazón transparente como la realidad y ante la realidad:

Este hombre nuevo es el hombre interior. «Vuelve en ti mismo, en el interior del hombre habita la verdad». El hombre europeo ha nacido con estas palabras. La verdad está en su interior, se da cuenta por primera vez de su interioridad y por eso puede reposar en ella; por eso es independiente, y, algo más que independiente, libre¹³.

Toda persona está necesitada de verdad.

(El) necesitar de verdad es algo característico del hombre. Y en la medida en que la quiera, en que la persiga, irá unificando su tiempo, reuniéndolo en su dispersión. Irá descubriendo un horizonte temporal más amplio y en él un orden. Las cosas para aparecer necesitan un lugar, es sabido. Y como el lugar de las cosas en la vida humana es el tiempo, necesitan tiempo para entrar en un orden¹⁴.

La inquietud propia de la realidad humana es una realidad abierta a trascenderse, a realizarse en inquietud hasta que recobre su unidad perdida en su encuentro con Dios. Es problema de amor el problema de realización de san Agustín. Su realización es una realización que brota de la verdad que anida en su corazón. Es la verdad como maestro interior del hombre. Y Dios es la verdad para san Agustín. La distensión de san Agustín es la expresión de esa tensión de las entrañas humanas, del corazón del hombre que se desgarran histórica y temporalmente como realidad inquieta en su realización. Corazón, lugar de intimidad, que trabaja en silencio con ese incesante trabajo de las entrañas que por eso miden el tiempo¹⁵.

El fin de su realización será, en san Agustín, el alcanzar un corazón transparente. Es la diafanidad esta transparencia. Tenemos, pues, que el hombre se realiza históricamente, de manera procesual. Es un proceso que lleva tiempo. Me voy deshaciendo y haciendo en la apertura de mi realización y en ella va revelándose mi realidad.

Es la apertura de la realidad en su momento de verdad. La verdad como revelación o manifestación de mis entrañas, de mi corazón, se va llenando de transparencia en esta revelación oculta de nuestro ser, que en su centro anida lo divino. Tenemos aquí el tiempo como distensión inquietante de nuestra realidad, al revelar la riqueza de su corazón transparente.

13 M. ZAMBRANO, *Persona y democracia*, Barcelona, Antrophos, 1988, 132.

14 M. ZAMBRANO, *Persona...* 132.

15 Cf. M. ZAMBRANO, *Orígenes*, México, Ediciones del Equilibrista, 1987, 12.

Y es el orden del amor el que crea el horizonte de la creación agustiniana. En este horizonte es donde se tiene que realizar la persona en convivencia con los demás en un ámbito universal para alcanzar la unidad de su vida que sufre la dispersión en momentos de crisis. Por ello es necesaria la confesión, pues ella:

más que ningún otro género literario, muestra lo que la vida tiene de camino, de tránsito entre aquel que nos encontramos siendo y el otro hacia el que vamos. Sin duda, que si esto es verdad, es condición de todos los hombres. Pero el europeo, hijo de san Agustín, lo ha necesitado más que ningún otro, porque más que ningún otro se decidió con increíble audacia a realizar lo que esperaba. Y porque además de esperanza tuvo voluntad, decisión, frenesí, en la realización de su proyecto. Y a mayor necesidad de la esperanza... mayor necesidad de claridad¹⁶ (para realizar nuestro sueño: el hombre nuevo fundamentado en el hombre interior).

Es una lucha por

vivir proyectando, creyendo más en la realidad del proyecto que en la visible, pendiente de lo invisible y de su realización. Es sentirse habitante de otro mundo. «Mi reino no es de este mundo», se lee en el Evangelio¹⁷.

El origen de la antropología de Agustín se halla en su profundo análisis de la interioridad, en su inmersión en las profundidades del corazón y de la mente en sus niveles conscientes e incluso inconscientes. Su reflexión radical es más que una introspección superficial efectuada por un 'ego' cartesiano aislado. Para Agustín, el espíritu humano no puede separarse de sus actividades; el espíritu humano es sus actividades con respecto a sí mismo, a los otros y a Dios. Su análisis no es teórico, sino práctico; la mente se hace presente a sí misma, recordando y prediciendo su propia vida.

Por medio de la reflexión sobre este espíritu sumamente íntimo en relación consigo mismo y con su mundo, Agustín llega a una concienciación más profunda, a una captación más firme de los principios básicos de la moralidad, y a la admisión sincera de su propia ignorancia. La búsqueda de sí mismo no debe conducir a una autocontemplación narcisista que termine en una estrecha y cerrada insularidad, sino que debe conducir al vasto océano del ser y de la bondad, al Otro que hay en nosotros y al que se encuentra en la intimidad de la autopresencia¹⁸.

Por todo ello, si queremos que renazca el hombre, hemos de buscar la verdad creando nuestro propio tiempo:

16 M. ZAMBRANO, *La agonía de Europa*, Madrid, Trotta, 2000, 73-74.

17 M. ZAMBRANO, *La agonía...* 81.

18 Cf. A. Carrón de la Torre, *Diafanidad...* 164.

Pues todo ser viviente se alimenta de algo y en algo. La persona humana tiene también su vida: respira en el tiempo y se alimenta de la verdad.

En palabras de Agustín: «Tú, Señor, nos has hecho para ti, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti» (*conf.* 1,1,1).

El hombre contemporáneo se experimenta en un continuo exilio motivado por el cambio constante. La persona que experimenta el exilio tiene como único refugio la interioridad. La interioridad que viene a ser el lugar de la búsqueda de su ser más profundo. Por tanto, a modo de perspectiva profética, auguramos que el hombre de mañana será un hombre de interioridad o no será hombre.

Fr. Antonio CARRÓN DE LA TORRE
Colegio Santo Tomás de Villanueva
Granada

Resumen

El hombre contemporáneo se experimenta en un continuo exilio motivado por los vertiginosos cambios que lo condicionan. La persona que así se percibe tiene como único refugio la interioridad. Ésta viene a ser el lugar de la búsqueda de su ser más profundo. Por tanto, a modo de perspectiva profética, se augura que el hombre del mañana será un hombre de interioridad o no será. San Agustín constituye para ello una guía que orienta desde su propia experiencia de encuentro consigo mismo, con los demás y con Dios.

Abstract

The modern man is in continuous exile moved by rapid changes that condition him. The only refuge of the person perceived to be such is interiority. Interiority turns to be a place to search for his most profound being. Therefore, from a prophetic perspective, it is predicted that the man of tomorrow will either be a man of interiority or he will be inexistent. Saint Augustine is a guide who can set the direction based on his experience of encountering himself, others and God.